

Los autos sacramentales y la monarquía española

José MARIA PRADOS *

España es en el XVII un imperio en crisis. Por parte del poder se pretendió galvanizar tal situación acudiendo a todos los medios que tenían a su alcance. Uno de ellos fue convencer al pueblo, en un afán no nuevo de enlazar lo religioso y lo político, de que la derrota de la Monarquía supondría la derrota del Catolicismo.

Incluso en los dramaturgos contemporáneos es muy difícil detectar alguna huella de esta crisis. Bien al contrario, al ser el teatro barroco un espectáculo de masas, suponía un instrumento ideal para aleccionar ideológicamente a amplios sectores de la población. Maravall llega a atribuirle una clara “función propagandística”, aunque Domínguez Ortiz prefiere hablar de “función divulgadora”.¹ Como no podía ser menos, también en los autos sacramentales se plasman estos criterios.

El contenido de esta pieza teatral en un acto que se representaba durante la fiesta del Corpus debería aludir a la Eucaristía, pero en un buen número de casos la exaltación apoteósica del sacramento sólo aparecía al final de la obra, mientras que el resto se dedicaba a otras cuestiones en las que a menudo aparecían hechos y personajes históricos. En estos casos, ha de tenerse en cuenta que no se trata tanto de una exaltación de la persona (el monarca reinante), como de la institución (la Monarquía). Especialmente en Calderón el auto se convierte en una alegoría intelectual con imágenes – conceptos y personajes – ideas. Por ello es poco fiable utilizar estos textos como documentos históricos. El autor aprovecha a veces el personaje que mejor le conviene para defender una idea o exaltar a una persona, independientemente de su coincidencia cronológica con el hecho relatado; más que un error es una falsificación voluntaria de la realidad. Pongo, entre muchos, dos ejemplos: ni Federico III, muerto en 1493, puede participar en la lucha contra la Reforma

* Universidad Complutense de Madrid.

¹ A. Domínguez Ortiz, “La España de Calderón” en *Calderón. Actas del “Congreso internacional sobre Calderón y el teatro español del Siglo de Oro”*, Madrid, C.S.I.C., 1983, T. I, 19-35. J.A. Maravall, *La cultura del Barroco*, Barcelona, Ariel, 1980. Id., *Teatro y literatura en la sociedad barroca*. Madrid, Seminarios y Ediciones, 1972.

luterana de 1517 (Calderón: *El Segundo blasón del Austria*), ni hay un Ladislao, rey de Hungría, que esté casado con Margarita de Austria, ni ninguno de ambos es contemporáneo de Jan Wiclef, a quien por cierto llama Hugo (Moreto: *La Gran Casa de Austria y divina Margarita*).

Raro es el auto en el que no aparezca en algún momento la monarquía como soporte de la Religión. En *El gran teatro del mundo* la Religión está a punto de caer pero el Rey lo evita dándole su mano y la Discreción lo confirma: “Es fuerza; que nadie puede sostenerla como vos”. En la loa del mismo auto el personaje principal es España quien orgullosa proclama: “Teatro insigne de Europa: yo soy España, en quien tiene su metrópoli la Fe; la Religión su eminente solio augusto”. Al mismo tiempo se afirma la protección divina a la Casa de Austria y a todas sus empresas. Gracias a ella saldrán siempre victoriosos en sus luchas contra los herejes.

En el desarrollo de la trama es habitual la presencia simultánea de personajes religiosos y personajes de la Casa de Austria, con ello se consigue que los espectadores enlacen inconscientemente la Iglesia con la Monarquía. A veces se llega a identificar a la España contemporánea con el Israel bíblico como pueblos elegidos; otras se presentan como modelos de reyes cristianos que luchan contra la herejía, al igual que sus antepasados castellanos lo hicieron contra el Islam. Sirva de ejemplo, Carlos II como heredero de San Fernando.² A mayor abundamiento y aprovechando la apoteosis final del auto con la exaltación de la Eucaristía puede aparecer el árbol genealógico de la Casa de Austria que testimonia la continuidad de la dinastía. En la memoria de apariencias de *El Segundo blasón del Austria*, se puede leer: “El segundo carro será también fábrica real. Ha de tener en lo bajo del tablado una silla en que ha de subir por elevación una persona hasta el segundo cuerpo y por detrás de ella un árbol, de recortado, bien adornado de ramas y hojas y entre ellas unos óvalos en que han de estar pintados en medios cuerpos hasta doce retratos de Reyes y Emperadores coronados, cuyos nombres y señas se dirán a su tiempo. En el remate de este árbol ha de haber un tarjetón mayor que los otros, en que quepa pintado en pie y armado un joven.”³ Con esto el autor no hacía más que trasladar al teatro el árbol genealógico de los libros dedicados a la glotificación y alabanza de la Casa de Austria. Entre los innumerables que podría citar, me limito a dos. Un grabado bellísimo de Theodor van Thulden, en el que bajo el lema “AUSTRIA DUM GENUS EST RELIGIONIS HONOS” la representación de la Iglesia, acompañada de las Virtudes, sirve de soporte al árbol de la dinastía.⁴ Aún más cercana a la citada memoria de apariencias es la originalísima estampa anónima con la genealogía, nada menos que bíblica, de Carlos II. Mientras Saúl, en compañía de los vicios, cae traspasado por una

² V. Roncero, “Introducción” en Calderón, *El primer blasón del Austria*, Pamplona, Ed. Reichenberger Kassel, Univ. de Navarra, 1997, pp.13-64.

³ C. Pérez Pastor, *Documentos para la biografía de D. Pedro Calderón de la Barca*, Madrid, Fontanet, 1905, 361-363. Cit. por I. Arellano y M^a C. Pinillos, “Introducción” en Calderón, *El segundo blasón del Austria*, Pamplona, ed. Reichenberger Kassel, Univ. de Navarra, 1997, pp. 47-48.

⁴ C. Gervatius, *Pompa introitus honori...Ferdinandi Austrici Hispaniorum...*, Amberes, 1642.

espada; de David, con las virtudes a su derecha, nace el árbol con los reyes bíblicos. Sorprendentemente, sobre Salomón, y en mayor tamaño, destaca la figura de Carlos II dentro de un marco ovalado y a su vez soporte de la Virgen con el Niño, Dios Padre y el Espíritu Santo.⁵ No podía haber mejor manera de divinizar la Monarquía. [lám. 1]

Dos son las devociones que la dinastía de los Habsburgo y muy especialmente la rama española se preocupará más en defender: la Eucaristía y la Inmaculada. No es casualidad que ambas fueran significativamente atacadas por los protestantes.

En la loa de *El Nuevo Palacio del Retiro*, al hacer referencia a la estatua ecuestre de Felipe IV de Pietro Tacca, hoy en la plaza de Oriente de Madrid, aprovecha Calderón para poner en boca de la Sabiduría: “premiar la sanidad de aquel católico pecho, que siempre firme y seguro, con un igual movimiento, corrió, voló y defendió a los más altos misterios de la Concepción en gracia y Alteza del Sacramento”. Lo mismo se manifiesta en el auto de Agustín Moreto *La gran Casa de Austria y divina Margarita*, en donde, ya desde el comienzo, el Demonio reconoce con rabia: “Que la casa de Austria sea devota del Sacramento del altar, me da tormento... Rodulfo, conde de Aspurg, tuvo en esto tanto celo, que le ha prometido al cielo imperios de Norte a Sur. Sus descendientes se van dilatando...” y entre ellos Margarita de Austria, reina de Hungría, como máxima defensora de la Eucaristía, mientras que su marido Ladislao lo será de la Inmaculada. Espejo de lo dicho se manifiesta en una estampa de Pedro Villafranca, Mariana de Austria entrega la corona a su hijo bajo una cartela con el texto “SPES CAROLI” y a ambos lados, la Inmaculada Concepción (“PATRONA HISPANIAE”) y la custodia (“PATROCINIUM AUSTRIACUM”).⁶ [lám. 2]

El culto a la Inmaculada Concepción por los reyes españoles llegó a convertirse en una tradición. Durante el reinado de Felipe III fueron creadas varias Reales Juntas que viajaron a Roma para intentar convencer al papa de la promulgación del dogma; Felipe IV celebró gozosamente la Bula *Sollicitudo omnium ecclesiarum* del papa Alejandro VII. Su manifestación en las artes no se hizo esperar: Pedro de Valpuesta, *Felipe IV jura defender la Inmaculada* (Museo Municipal de Madrid); Pietro del Po, *Apoteosis de la Virgen con la familia de Felipe IV* (Catedral de Toledo); José Caudí, *Fiestas de Valencia por el decreto de Alejandro VII*, grabado del libro de Juan Bautista de Valda *Solemnes fiestas que celebró Valencia a la Inmaculada Concepción de la Virgen María* (Valencia 1663), y en el que se representa al papa y a Felipe IV bajo la imagen de la Inmaculada. Paul Pontius grabó, según una idea de Rubens, una compleja composición con San Francisco a modo de basamento de la Virgen y acompañado por otros miembros de su orden – bien sabido es el importante papel de los franciscanos en la defensa de la Inmaculada –, pero ahora no nos detendremos en ello, sino

⁵ Nicolás Causino, *Reyno de Dios. Compendio y médula de toda la corte santa. Primera parte*, Madrid, Lorenzo de Ibarra, 1672.

⁶ Francisco Ramos del Manzano, *Reynados de menor edad y de grandes reyes*, Madrid, Francisco Sanz, 1672.

en la presencia de Felipe IV, su hijo el príncipe Baltasar Carlos y sus hermanos el cardenal infante D. Fernando y el infante D. Carlos. Por si quedara alguna duda del respaldo de la dinastía de este culto, en la parte alta, entre nubes, se imaginan en un carro a Carlos V, Felipe II y Felipe III, acompañados del genio de la Casa de Austria. Incluso esta muestra de devoción mariana se retrotrae a tiempos muy anteriores y podemos ver al rey San Fernando arrodillado ante la Virgen en un cuadro de Luca Giordano, pintado para el Hospicio de Madrid ya a principios del siglo XVIII. Y es que no solamente los Austrias sino también los Borbones españoles continuaron esta política: Carlos III decidió el patronazgo de la Inmaculada para la Orden que lleva su nombre. Un grabado de 1792 resume tanto en imágenes como en el texto la historia de esta devoción; junto a la representación de órdenes religiosas, santos y papas que tuvieron especial interés en la veneración de la Inmaculada, no podía faltar Felipe IV, que en este caso se enlaza con Carlos III y Carlos IV, a quien se dedica la estampa.⁷

Como no podía ser menos, en los autos sacramentales se resalta igualmente esta actitud de los reyes. Sirva de muestra la aseveración que el Demonio hace acerca de Ladislao, rey de Hungría y marido de Margarita, en *La gran Casa de Austria y divina Margarita*⁸: “va enseñando cada día que es concebida María sin pecado original... Y aunque lo contrario desto hasta ahora no es error [el dogma de la Inmaculada no se decretará hasta 1854]”. Con insistencia el mismo Ladislao recoge en repetidas ocasiones las letanías marianas y en un momento describe la visión de la Virgen en estos términos: “En el cielo se vio, de luces bellas, una hermosa mujer, de sol vestida, y con ojos de púrpura encendida amenazó un dragón sus blancas huellas.” Indudablemente Moreto tendría in mente alguno de los múltiples cuadros de la Inmaculada que proliferaban por iglesias y conventos españoles contemporáneos.

La defensa de la religión y muy especialmente del sacramento de la Eucaristía, fue otra de las tareas que se impuso la monarquía y así se recoge en los autos sacramentales y en numerosas estampas, por ejemplo de Felipe II⁹, Felipe IV¹⁰, Carlos II¹¹ o Felipe V¹². Además de la defensa también promocionaron su culto. En la basílica del Monasterio de El Escorial, las representaciones escultóricas de las familias de Carlos V y Felipe II, obra de los Leoni, se encuentran en adoración perpetua ante el Santísimo; en la

⁷ Grabado por Vicente Capilla en Valencia, 1792, según dibujo de Bautista Suñer de 1791. Gabinete de estampas del Museo Municipal de Madrid.

⁸ Moreto, *Gran Casa de Austria y divina Margarita en Autos sacramentales desde su origen hasta fines del siglo XVII*, Madrid, Atlas, 1952. B.A.E. vol. 52

⁹ Grabado de Pedro Perret en el libro de Luis Cabrera de Córdoba. *Felipe Segundo Rey de España*, Madrid, Luis Sánchez, 1619.

¹⁰ Grabado de Juan de Noort en la obra de Fr. Martín de Vera, *Instrucción de eclesiásticos*, Madrid, Imprenta Real, 1630.

¹¹ Se repite la escena en varios cuadros de anónimos cuzqueños y también puede descubrirse al fondo de una pintura de la conocida serie sobre la procesión del Corpus del Museo Arzobispal de Cuzco.

¹² Felipe de Silva, *Felipe V, María Luisa de Saboya y Luis I* (Palacio Real de Aranjuez): con el fondo del Monasterio de El Escorial y bajo la protección de San Jerónimo y San Lorenzo, la familia real defiende a la Religión atacando con espadas a la herejía.



Lámina 1: Anónimo, Genealogía bíblica de Carlos II (1672).



Lámina 2: Pedro Villafranca, Mariana de Austria entrega la corona a su hijo Carlos II (1672).

VIDETE REGEM IN DIADEMATE.
OVO CORONAVIT EVM MATER SVA

sacristía del mismo monasterio, en el conocido cuadro de Claudio Coello, Carlos II adora la Sagrada Forma profanada por los herejes; en uno de los tapices del Triunfo de la Eucaristía, según cartones de Rubens, rezan ante la custodia el emperador Fernando II, Felipe IV, Isabel de Borbón, Isabel Clara Eugenia, acompañados por San Rodolfo y San Leopoldo, santos militares protectores de la Casa de Austria. En fin, es lógico pues que, cuando preguntan al Entendimiento dónde debe representarse el auto de *El Maestrazgo del Toisón*, conteste “¿Dónde mejor que en el centro de la fe y la religión, de la piedad, culto y celo de Madrid, Corte felice del Segundo Carlos, dueño de la redondez del mundo, de coronas e imperios tan dilatados, que no ve el sol en todo su entero círculo remoto clima, en que continuado el tiempo a todas horas no esté este alto Sacramento celebrándose en Estados suyos, bien como heredero de la siempre verde copa del Tronco de Austria, a quien dieron tantos reyes como hojas los católicos renuevos de sus armas”.¹³

El Padre Nieremberg, en su libro laudatorio de la Casa de Austria y dedicado al Príncipe Baltasar Carlos, hijo de Felipe IV, relata un episodio de la vida de Rodolfo de Habsburgo, fundador de la dinastía. En él cuenta cómo yendo un día lluvioso de caza se encontró en el bosque con un sacerdote que llevaba el Viático a un enfermo, “apeóse al punto de su caballo, adorando el Santísimo Sacramento, hincadas las rodillas en el lodo”. Dirigiéndose al sacerdote le dijo: “Indigna cosa es que yo ande a caballo y que tú vayas a pie, llevando a mi Señor y Redentor, toma este caballo y sube en él. Hizose así y Rodolfo con gran devoción descubierta la cabeza, le tuvo del estribo, y le fue sirviendo de lacayo”. A la vuelta le acompañó de la misma manera y al llegar a la parroquia, el sacerdote “con el espíritu profético le prometió de parte de Dios que había de ser Emperador, y que el Señor había de engrandecer su casa con grandes Reinos e Imperios como lo hemos visto cumplido”.¹⁴

Esta leyenda conocida ya desde tiempo atrás venía a demostrar el papel de los Austrias como defensores de la Religión, pero al mismo tiempo la recompensa de la divinidad no sólo para Rodolfo sino también para todos sus sucesores. Ésta fue la razón de que tal hecho aparezca en varios autos sacramentales y se reproduzca en grabados y pinturas. El cuadro más conocido es el conservado en el Museo del Prado, obra de Rubens y Jan Wildens que estaba colocado en el Alcázar madrileño en el cuarto de verano de Felipe IV, lugar privilegiado que prueba la estimación que tenían por él los reyes. Se conocen dos repeticiones, obras en su totalidad de Wildens y algunas copias anónimas.¹⁵ Otros lienzos representan la misma escena, como el firmado por

¹³ Loa de *El Maestrazgo del Toisón* en Don Pedro Calderón de la Barca, *Obras completas. Tomo III. Autos Sacramentales*, Madrid, Aguilar, 1991, p.893. Salvo que se señale lo contrario, las referencias que se hagan a los autos calderonianos están tomadas de esta edición.

¹⁴ Juan Eusebio Nieremberg, *Corona virtuosa y virtud coronada. En que se proponen los Frutos de la Virtud de un Príncipe, juntamente con los heroicos Exemplos de Virtudes de los Emperadores de la Casa de Austria y Reyes de España*, Madrid 1643, pp.123-4.

¹⁵ Matías Díaz Padrón, *Museo del Prado. Catálogo de pinturas I. Escuela flamenca, siglo XVII*, Madrid 1975, pp.323-4; Id., “Pintura en la época de Calderón” en *El arte en la época de Calderón*, Madrid 1981, pp.92-93.

G.Cl.Bleker y fechado en 1628 (Col. H.A.J.Stenger, La Haya) [lám. 3] y, en algunos casos, se aprovecha para desarrollar un amplio paisaje. Solórzano vuelve a utilizarla en el emblema IX “Religionis praemium” de sus *Emblemas regio-políticos*.¹⁶

Como no podía ser menos, muchos autos recogen la escena pues concordaba perfectamente con la idea no oculta de enlazar lo político con lo religioso. Buena muestra la encontramos en *El segundo blasón del Austria*, en donde se narra detenidamente el suceso, o en *El árbol del mejor fruto*, en el que al final de la loa se puede leer: “id, Señor [se refiere a Carlos II], que muy bien vais, que así, vuestro abuelo fue guiando a un pobre sacerdote de la rienda el palafrén, porque iba en su pecho Dios; y vuestro Padre, que aunque hubiese lluvias y rayos, en llegándole a oír o a ver, se apeaba a acompañarle; y en cuanto la redondez del cielo contiene, no gozais más alto interés que el heredado blasón de Protector de la Fe, por quien católico os llama el Mundo ...”¹⁷. Podría copiar más citas, pero me limito a resaltar otra del mismo autor en *El lirio y la azucena o La paz universal*.¹⁸ Narra la boda de la hija de Felipe IV, María Teresa de Austria, con Luis XIV, estableciendo una identificación del rey español con Rodolfo, fundador de la Casa de Austria, y considerado al tiempo como rey de la Ley de Gracia; mientras el rey francés lo es con Clodoveo, tradicional inicio de la monarquía francesa, y rey de la Ley Natural. De esta manera el autor conseguía inculcar en el espectador la idea de continuidad de la dinastía. Es bien significativo que, cuando se representó este auto en el año 1701 con ocasión de la llegada a España de Felipe V, primero de los Borbones, se realizaron algunos añadidos en los que se alababa al monarca por haber logrado nuevamente la unión de ambas casas. Por si cupiera alguna duda, termina la obra, en su representación del siglo XVIII, con la figura de “aquel bellissimo joven [Felipe V] que arrodillado se ve ante el Sacramento Augusto”, el mismo que “algún día Madrid verá que, al volver el Sacramento a su casa, deja piadoso el corcel, hinca en tierra la rodilla y sigue a Dios”. El responsable de los retoques no hacía más que continuar la tradición.

Efectivamente, el episodio de Rodolfo fue actualizándose durante todo el siglo XVII. Según cuenta Antonio de León Pinelo, el domingo 1 de octubre de 1634, al salir Felipe IV de la basílica de Atocha de Madrid tras celebrar la victoria de Nördlingen, se topó con un sacerdote que llevaba el Santísimo Sacramento y, como su antepasado, “apeándose luego del caballo quitó un hacha a un paje y fue alumbrando a su Señor y nuestro”. Lo mismo hizo el cardenal-infante Don Fernando, según se lee en una carta de Sebastián González al P. Rafael Pereyra y lo repite Carlos II en enero de 1685, aunque en este caso lo que cede el rey no es el caballo sino su carroza [lám. 4]. Este último hecho dio lugar a la convocatoria de una academia poética en casa de D. Pedro

¹⁶ Juan de Solórzano, *Emblemas regio-políticos* (1653). Ed. J.M. González de Zárate, Madrid 1987

¹⁷ Calderón, *El segundo blasón del Austria* (ver nota 3). Calderón, *El árbol del mejor fruto* (O.C. III, pp.986-9)

¹⁸ Calderón, O.C. III, pp.915-939.

de Arce, regidor de Madrid, y para ella presentó Bances y Cándamo un barroquísimo romance.¹⁹

La noticia de lo ocurrido con Carlos II llegó incluso a México como consta en una carta escrita en Madrid el 22 de enero de dicho año 1685²⁰. En ella se cuenta el acontecimiento en el que, salvo el lugar y la cronología, repite sospechosamente la acción de su antepasado Rodolfo. Con todo lujo de detalles relata paso a paso el recorrido del sacerdote “por la puerta de S. Bernardino, por ser camino más breve para los que van a pie ... Llegando más adelante, adonde hay unos Cypresses cerca de la Florida” en donde se topó con el rey, quien le cedió la carroza y acompañó hasta la casa del enfermo “hortelano de una de las huertas que hay en el pago que llaman Migas-calientes”. De igual modo hizo el camino de vuelta a la parroquia. Tras esta larga descripción termina el anónimo autor: “Porque los Curiosos no echen menos el que los Ingenios de esta Corte no empiezen a celebrar, como es justo, acción tan digna de elogios, añadido esos Sonetos, que acertaron a venir a mis manos, para prueba de las obras, que se preparan a tan admirable assumpto”. Copia cinco sonetos, el cuarto de D. Sebastián Gadea. En uno de ellos se llega a comparar la acción real “con la del Bautista en el Desierto, quando viendo a Christo, dixo: Ecce Agnus Dei”. Termina la carta con una quintilla convocando “a los Ingenios para que la glossen al assumpto”: “La acción Religiosa de / Rodulfo, y de Carlos dio / Cetro al Austria, pues su Fe / Cedió el Trono; pero no / Glossarán como, o porqué”.

Al menos la insigne Sor Juana Inés de la Cruz recogió la sugerencia y escribió un soneto. “Llegaron luego a México, con el hecho piadoso, las aclamaciones poéticas de Madrid a su Majestad, que alaba la poetisa por más superior modo”. Dice así: “Altísimo Señor, Monarca Hispano, / Que a Dios, entre accidentes Escondido, / Cuando queréis mostraros más rendido, / Es cuando os ostentáis más Soberano: / Aquesa acción, Señor, que al luterano / Asombró en Carlos Quinto esclarecido; / Y ésa, por quien el gran Rodulfo vido / Del mundo el cetro en su piadosa mano; / Aunque aplaudida en el Hispano suelo / Ha sido con católica alegría, / No causa admiración a mi desvelo: / Quede admirado aquél que desconfía, / Y de vuestra piedad, virtud y celo, / Esa y más Religión no suponía”.

No terminan aquí las consecuencias del suceso protagonizado por Carlos II pues también se plasmó en grabados y pinturas. El holandés Romeyn de Hooghe lo grabó en 1685 el mismo año en que ocurrió²¹. Para el Hospital de

¹⁹ Antonio de León Pinelo, *Anales de Madrid (desde el año 447 al de 1658)*, ed. Pedro Fernández Martín, Madrid 1971, pp.299-300; Antonio de Bances Cándamo, *Obras lyricas*, Madrid (s.a.), pp.111-117. I. Arellano y M^a.C.Pinillos recogen estos aspectos en su “Introducción” a Calderón, *El segundo blasón del Austria*. Ver nota 3, pp.27-46.

²⁰ Agradezco la noticia al Profesor Arnulfo Herrera de la Universidad Nacional Autónoma de México. *Copia de carta escrita de Madrid a 22 de enero de 1685*, México, Herederos de la Viuda de Calderón, 1685. También se conserva otra copia de dicha carta en la Biblioteca Nacional de Madrid.

²¹ Biblioteca Nacional de Madrid y Gabinete de Estampas del Museo Municipal de Madrid.



Lámina 3: G.Cl. Bleker, *Acto de devoción de Rodolfo de Habsburgo* (1628)
Col. Stenger, La Haya.



Lámina 4: Lucas Valdés, *Carlos II ofrece su carroza a un sacerdote*.
Iglesia del Hospital de los Venerables, Sevilla.

los Venerables de Sevilla pintó Lucas Valdés idéntica escena y, para evitar cualquier duda acerca de la continuidad de la dinastía, representó en la parte alta a la izquierda al padre tiempo portador de un uroboros en cuyo interior se describe la leyenda de su antepasado Rodolfo de Habsburgo²². [lám. 4]

Pero volvamos a los autos sacramentales. La devoción a la Eucaristía por los Austrias nuevamente se recoge en este caso referida a Maximiliano I. En el varias veces aludido *El segundo blasón del Austria*, el emperador se enfrenta en lo alto de una montaña con el demonio a quien vence, mas éste en su huida derrumba parte de la montaña haciendo imposible su bajada. Consciente Maximiliano de su muerte segura pide que le lleven la Eucaristía para adorarla ya que no podía recibirla. Apareció entonces un ángel quien premiando su devoción le allanó el camino pudiendo descender sin problemas. En la memoria de las apariencias se detalla que el primer carro “ha de ser un monte en su pintura áspero y escabroso. Éste ha de tener subida hasta su cumbre, compartida en dos tiros por donde han de subir dos personas, las cuales, en llegando a la eminencia, han de venir a brazos, en cuya lucha se ha de rendir la una trayéndose tras sí los bastidores del monte y la subida, de suerte que quede la otra desamparada en lo más alto sin remedio para la bajada...”²³. A pesar de que esta leyenda no haya tenido tanto éxito como la de Rodolfo, la podemos ver recogida también por el P. Nieremberg²⁴ y grabada por el flamenco Herman Panneels²⁵.

Al tratarse, todas las escenas que venimos comentando, de una forma de exaltación de la dinastía de los Habsburgos es obvio que apareciesen igualmente en los grandes arcos de triunfo en las entradas de monarcas y virreyes. El acto de devoción de Rodolfo se representaba en uno de los arcos a la entrada de los Archiduques Alberto e Isabel en Amberes en 1599²⁶. La composición se repetía en el reverso del arco de Santa María a la entrada en Madrid de Mariana de Austria, mujer de Felipe IV en 1650²⁷. En el mes de enero de 1680 entraba en la corte María Luisa de Orleans, primera esposa de Carlos II, y entre los múltiples ornatos figuraba un arco para la Puerta del Sol en cuyo anverso se aludía no una sino nada menos que cuatro veces a la devoción de la monarquía por el Santísimo Sacramento²⁸. En el lado izquierdo, significativamente unidos en un mismo escenario, el ya conocido episodio de Rodolfo, junto al de Mariana de Austria ofreciendo su carroza al sacerdote portador de la Sagrada Forma y que anunciaba similar acción de su hijo Carlos

²² J.M. González de Zárate, *Método iconográfico*, Vitoria, EPHIALTE, 1991, pp.88-91.

²³ Ver nota 3.

²⁴ Ver nota 14, pp.161-162.

²⁵ Grabado de la portada del libro de Vicente Tortoreti, *Maximiliano socorrido y fragmentos Eucharísticos recogidos en la colocación del Sanctissimo en la Capilla Real del Rei Nuestro Señor Don Filipe IV el Grande*, Madrid 1639.

²⁶ J. Brochms, *Historice Narratio*, 1602, p. 286. Cit. en M. Díaz Padrón (1975). Ver nota 15.

²⁷ *Noticia del recibimiento i entrada de la Reyna Nuestra Señora Doña María Ana de Austria en la muy Noble, Leal y Coronada Villa de Madrid*, Madrid 1650, p.94. Cit. por T. Zapata. Ver nota 28.

²⁸ T. Zapata, *La entrada en la Corte de M^a Luis de Orleans*, Madrid 2000, pp.140-1. Estampa grabada por Matías de Torre según composición de Claudio Coello, Biblioteca Nacional de Madrid.

II como hemos visto líneas arriba. En el lado derecho se unían Maximiliano y Felipe IV; aquél en la escena de la montaña que también hemos comentado antes y el rey español asistiendo a la procesión del Corpus impertérito, soportando la lluvia y los truenos y relámpagos. “Fue este grande Monarca el mayor venerador de el Santísimo Sacramento”, dice Becerra, quien tras contar aquel suceso y el de la basílica de Atocha que igualmente hemos relatado, concluye: “Otras grandes devociones pudiera dezir; pero por sabidas no lo hago, sólo que se le devió el tener el Santísimo Sacramento en Palacio, y aunque tan grande devoción la heredó, se antepuso su católico zelo a todos”²⁹.

Hasta aquí hemos podido comprobar la devoción de los monarcas españoles por la Eucaristía y por la Virgen y el papel que asumieron como protectores de la Iglesia católica; los autos sacramentales son prueba fehaciente de ello. Pero aun se atrevieron los autores de estas piezas teatrales a dar un paso más y en verdad un tanto osado. Me estoy refiriendo a la sorprendente identificación que se produce, y con mayor frecuencia de la que pudiera imaginarse, entre los personajes regios y los sagrados. El rey es Cristo, la reina es la Virgen y su palacio la Jerusalén celestial. Veamos algunos ejemplos.

La presencia del rey en la procesión del Corpus hace cantar al pueblo: “¡Qué bien parece que día que sale en público el Rey de Gloria el de Tierra salga en público también! ¡Qué bien, qué bien que Humana y Divina en todos la Fe repita en los dos devoción y placer!”³⁰.

El palacio del Buen Retiro que acababa de construirse para Felipe IV es como un nuevo templo de Jerusalén. Dice el Ocio: “Pero aguarda, que allí veo una grande fundación, de capiteles diversos coronada, que quizá será Buen-Retiro nuestro, si a ella llegas”; a lo que responde la Paz: “No lo dudes; pues si en sus señas advierto, pienso que mis ojos ven algún modelo de aquella ciudad peregrina y bella, triunfante Jereusalén, que en su Apocalipsis vió Juan”³¹.

María Teresa de Austria, hija de Felipe IV, es retratada por la Paz y por Clodoveo – en realidad Luis XIV su futuro esposo – con una larga lista de alabanzas que imita las letanías marianas: “tan hermosa como el día que la vi en poder de Salomón”, “aquí en su frente se mira, que es desairado el jazmín”, “son su cuello y talle una columna gentil”, “allá torre en quien se ven competir el mármol bruñido, torneado el marfil”, etc. En otro momento de la obra, Felipe IV se sitúa entre su hija María Teresa y su hermana, Ana de Austria, mujer de Luis XIII, y se convierten nada menos que en una herética Trinidad: “Aqueste mi lugar es, afirma Rodolfo-Felipe IV, porque entre Ana y María bien hallada el alma esté, que la tengo en María-Ana [debe referirse a su esposa Mariana de Austria]; y aunque aquí la llevo a ver (viéndoos), siendo en mí una no el menor misterio es, siendo tres personas, sea uno el Amor de los tres”³².

²⁹ Pedro Becerra y Serrano, *Panegírico legal, y político, sobre las dos resoluciones que por disposición divina se han obrado en el Retiro de la Magestad del Señor Rey Carlos segundo: Y feliz venida de el Serenissimo Señor el Señor Don Iuan de Austria ...* (s.l. y s.a.)

³⁰ Calderón, Loa de *El árbol del mejor fruto* (O.C. III, p.986).

³¹ Calderón, *El lirio y la azucena o La paz universal* (O.C. III, pp.924-5)

³² *Ibid.*, pp.927-8 y 937.

La boda de Felipe IV con su sobrina Mariana de Austria motiva a Calderón para escribir el auto *La segunda esposa y triunfar muriendo*³³. La lucha de Felipe IV contra los enemigos es la lucha de Cristo contra el pecado. En una escena el autor pone en boca del rey el lamento de Cristo en el Huerto de los Olivos: “¡Padre mío! ¿Por qué me desamparaste?”. El barco en el que llega la esposa se describe como si se tratara de la nave de la Iglesia: “Da vuelta la nave y viene sentada en la popa la Esposa, el Matrimonio en la proa, y en los costados la tropa de música de un coro; a este tiempo da vuelta también el carro y viene sentado en su trono el Rey, a sus pies Muerte y Pecado, y en los demás espacios los Sacramentos, que forman otro coro”. La misma Mariana parece convertirse en la Virgen y así el Rey exclama: “Feliz es mi fortuna e inmensos mis placeres, que toda hermosa eres, no hay en ti mancha alguna”; y en otro lugar: “Si Exaltación María es, si Ana es Gracia Soberana bien de quien es María y Ana podré humillado a los pies donde el sol sus rayos peina, con la Fe y Amor que tengo, pues como a mi Reina vengo, decir Dios te Salve, Reina”.

Atento siempre Calderón a la historia contemporánea, escribió el auto *El Nuevo Palacio del Retiro*³⁴, cuando se estaba construyendo esta nueva residencia regia, lo que le permitió llegar al nivel máximo de divinización de su monarca. No se contenta con pregonar “que en el esposo y la esposa, no hay duda quien puede ser, pues que son Cristo y la Iglesia, y son la Reina [Isabel de Borbón] y el Rey [Felipe IV]”, sino que se arriesga a confundir al monarca con la Sagrada Forma como si fueran lo mismo.

No me resisto a copiar el pasaje:

“Rey: Esta blanca Forma, este círculo breve y pequeño, capaz esfera es de cuanto contiene hoy la tierra y el cielo. Blanco pan fue; pero ya, transustanciado en sí mismo, no es Pan, sus especies sí, porque este sol es mi cuerpo.

(Desaparécese la Forma y queda el Rey en su lugar.)

Hombre: Que aquel es su Cuerpo, dijo, y quedando en él en el puesto, desapareció la Forma.

Fe: Sí, que estar él es lo mismo.

(Va bajando a un mismo tiempo, volviéndose la Forma a su lugar.) ”

Tras hablar los otros sentidos, termina afirmando el Oído, sin que haya lugar a dudas: “Yo que oí que dijo el Rey que esta Forma era su Cuerpo ...”.

Creo que no vale la pena alargarme en más explicaciones. El rey ya no sólo es el protector y defensor de la Iglesia sino que se ha convertido en el mismo Cristo.

³³ J.M. Díez Borque, *Calderón de la Barca. Una fiesta sacramental barroca*, Madrid, Taurus, 1984.

³⁴ Calderón, *O.C. III*, pp.139 y 150-161.